del uso, una parte de su gloria y de su derecho al reconocimiento.

Así nosotros destrozamos todos los dias el pan con indiferencia, sin pensar un momento que una sola migaja caida de nuestra mesa es todo un mundo nuevo.

Pero volvamos piadosamente con el pensamiento á la primera aparicion de la carreta.

¡Qué dia tan grande, Dios mio, aquel dia en que el hombre por vez primera hendió la tierra del campo, confiando al seno humeante de ésta el grano de espiga!

¡Ah! Comprendo ahora por qué la antigüedad ha divinizado al primer inventor del surco, que haya hecho del pan una cosa sagrada y que, despues de haber llevado al altar la carne del cordero, lo haya servido desde la Páscua sin levadura, pues el pan ha rescatado al hombre del hambre, y al rescatarle del hambre le ha emancipado de la barbarie.

La Grecia decia, en su poético buen sentido, que Céres habia inventado la ley; hubiera podido añadir la civilizacion, pues para comprender la sublimidad de la invencion tomamos la idea al revés. Suprimamos la cosecha, y la humanidad se hunde al momento.

¡Oh! Tú, seas quien seas, niño que pasas, ó mi hijo querido, mi lazo con el porvenir, como yo soy tu anillo con el pasado: cuando por casualidad veas pasar ante tus ojos sobre el sendero umbroso, en una bella

tarde de Agosto, á la jóven labradora llevando en su delantal y sobre su frente curtida el último beso del sol, mira en aquel momento una sacerdotisa, la primera sacerdotisa de la religion del trabajo; inclínate y adora en espíritu, pues por ella tu padre ha sido lo que ha sido y tú serás un dia lo que seas.

V.

Pero el hombre no tiene más que una sola necesidad: la necesidad de comer; no tiene otras necesidades que le impelen, que le aguijonan hácia el progreso. Tiene, sí, otras necesidades, y, por consiguiente, otras ideas que le inducen á ponerse á prueba, y otros progresos necesarios para completar la existencia de su cuerpo y vivir en equilibrio con la naturaleza.

La naturaleza, al crear al hombre desnudo y expuesto á los caprichos de los cambios de la atmósfera, hizo una excepcion. Al girar sobre su cabeza la rueda de las estaciones, siente en unas ocasiones la temperatura fria y nevada y en otra los caniculares calores.

Cada dia, un poco ántes ó un poco despues, la noche arroja sobre él su negro manto y lo coge al hombre como en un lazo. La oscuridad le condena á la inaccion y pierde una gran parte de su existencia.

Tiene en verdad, en la sábia configuracion de la mano, una excelente clave de movimiento para el trabajo; pero siendo como es un simple instrumento de carne, se secaria en las operaciones del trabajo ántes de lograr perforar la piedra ó cortar la rama.

La mano tampoco sirve para contener líquidos; éstos se resbalan y escapan entre sus dedos, y hasta nueva órden el hombre se ve privado por sí mismo de ejercer su dominio sobre el mundo líquido.

En fin, el tiempo huye tambien con silencioso paso, sin que el hombre pueda coger jamás la cadencia de su paso y arreglar á las horas el trabajo del dia.

Hé aquí el problema que habia que resolver; la necesidad apretaba y era preciso ponerlo en práctica, ponerlo por obra.

El hombre empieza por cubrir su desnudez, y al principio, en el estado de cazador, lleva sobre sus hombres la piel de un animal seca y curtida á los rayos del sol. Del estado de cazador pasa al estado pastoril, y el hombre hila la lana y forma de ella su capa.

Pasa despues á la vida agrícola, y un dia observa cerca de un campo una planta social tambien, cuyo tallo, blanqueado por el rocío de la mañana, da una fibra más fresca y ligera que la lana, y entónces inventa el lienzo.

La mujer data desde la aparicion del vestido: ántes era solo una hembra. Pero el dia en que, cubierta con

el velo sagrado de la sacerdotisa y consagrada ángel guardian de sí misma, tuvo ella sola la facultad de atar y desatar el nudo de su brial, entónces la mujer adquirió la verdadera propiedad de su persona, conoció el pudor.

Las horas corren velozmente; la civilizacion crece todavía, y va á buscar allá en Levante, bajo las hojas de las moreras, una tela aérea, sobre la cual esparce los colores la poderosa paleta de la aurora. Y la mujer, esclava hasta entónces, domina á su Señor, y ejerce sobre él la seduccion terrible de aquella nueva belleza nacida bajo la mano del arte, belleza misteriosa y armónica hecha de curvas y colores, de placeres y perfumes.

Tal era el precio de la libertad de la mujer y el de su dignidad. Ántes abandonaba su amor, y desde que es libre lo conoce; y majestuosa, y arrogante, y dulce en su majestad, ostenta todos los fuegos del prisma recogidos en la seda de su chal.

El traje no solamente alejó á la mujer de la promiscuacion, sino que tambien impidió al hombre hacerlo, marcando con un signo diferente cada distinta funcion. Tal traje para el sacerdote, tal traje para el magistrado; así pudieron ocupar cada uno su posicion, su sitio desde la primera mirada, sin desórden, sin tumulto, interpretar con la sola luz del sol la armoniosa diversidad de las jerarquías.

Despues del traje, llegó la necesidad de la casa. Al hombre le hacian falta dos abrigos.

En su primitivo orígen, cuando vivia de la caza, habitó una choza ó el hueco de una roca. Pero luégo, pastor, hila la lana de sus rebaños, la teje, y al presentarse el crepúsculo de la noche la tiende sobre su cabeza, durmiendo así al abrigo de una tienda, flotante y vaga habitacion que fija y levanta sin cesar, á medida que el ganado le arrastra de region en region en busca de alimento. Pero apénas el hombre hecha raíces en el campo que habita, edifica la casa de piedra y su techumbre la cubre con una armadura de madera. La casa aquella era una sola habitacion vacía y desnuda, construida á imágen de aquella época de pobre y simple civilizacion.

Por fin el hombre sacude el polvo del campo y penetra en la ciudad. Su existencia entónces se acrece con la industria, con la ciencia, con el arte, con la simpatía, con el estudio, con la conversacion y con el amor. Para dar cabida á este complexo y múltiple aumento de sentimiento, de idea, ensancha su morada, á medida que avanza en sus progresos; la distribuye, la organiza, la divide, la subdivide en tantos cuartos cuantas son las personas á quienes por diversos conceptos tiene que dar hospitalidad y á los diversos usos á que los destina. Aquí la cocina, allí la sala del festin, en otro lado la biblioteca, la galería, los lavaderos,

un poco más léjos el horno, y más separado aún la cuadra, el establo, los pajares, los patios, los corrales, y por último el jardin y la huerta.

El hombre procede siempre así en lo complexo de la dilatacion, mejor dicho, en la creacion contínua de su crisálida. Emplea primero el lujo en su persona, mas á medida que aumentan los grados de su civilizacion, ensancha más y más el gusto suntuario y lo emplea en su casa, en sus habitaciones, que es hasta cierto punto una continuacion de su traje.

Por fin, agotado todo lo que en muebles y adornos ha podido dar el arte de un siglo, la ambicion del hombre se desarrolla más y más cada dia; y siendo límite estrecho los de su morada, inventa y realiza nuevos proyectos, campos, parques, jardines, parterres é invernaderos.

Pero la casa representa algo más que piedras colocadas unas sobre otras y entrelazadas á la tierra por el cimiento. Tiene tambien su vida, su alma especial, y este espíritu es el reflejo del fuego que juega en el suelo con las tinieblas.

¿Qué es el fuego en la humanidad? Es la prenda y el signo de su dominio sobre la naturaleza. El hombre reina con ayuda del fuego, y lo conduce triunfante en la senda de la civilizacion. Que la pura vestal, que la vírgen guarde bajo pena de la vida el sagrado fuego del altar de Vesta, pues si por una casualidad

éste se apagase, el hombre volveria otra vez á caer en la barbarie, quedando á igual distancia de los brutos y de Adan. Promoteo halló el secreto de encender su antorcha, y con la llama en la mano toma el papel de Dios sobre la tierra, reemplaza al sol, nivela los climas, barre los bosques, ablanda el hierro, lo hace útil, flexible, segun le conviene usarlo, y lo trasforma en tierra, en barrena, en azada, en podadera, en pala, en hacha, en lanza, en espada y coraza.

Deposita el fuego primero en el hogar, foco primitivo de la infancia, de la humanidad y de la reunion de la familia. Cada tarde se agrupa ésta alrededor de la hoguera; la mujer hila en la rueca, el anciano refiere una leyenda, una tradicion orígen de la historia, y los niños pequeños se distraen viendo subir y bajar, menguarse ó crecer, las azuladas llamas que produce la rama de olmo que arde en el hogar.

La familia progresa, y la vida interior, la vida del sentimiento, ahogada ó desconocida en la antigüedad, gana en expansion y en influencia; el fuego asciende del hogar á la chimenea, y ésta resume todavía hasta nueva órden la etapa del progreso, porque delante de este mármol simpático, como ante un santuario, es donde al fin del dia cada uno de nosotros, al chisporroteo de la llama, en confidencia, emite sus opiniones, sus ilusiones, sus esperanzas, su amor.

Nadie puede decir esto mejor que vos, poeta cosmopolita, que haceis de vuestro hogar el sitio de reunion para toda la Europa, miéntras que la péndola que adorna vuestra chimenea señala con el dedo mudo la hora sobre el cuadrante.

No sé qué princesa maldecia en el siglo XVII la invencion de un reloj que marcaba los cuartos por primera vez. Aquel perpétuo martillazo, decia la princesa, dividia la existencia en demasiados pedazos; pero ¿cuál no sería su asombro hoy si viera la aguja febrífuga, que no sólo marca la hora sino el minuto y hasta el segundo, pues á proporcion que más se apresura la vida impulsada con la mayor rapidez, con toda la vehemencia del progreso, tiene el tiempo que seguirla, y para esto necesita apresurar el compás?

¿Qué es el tiempo? ¿Dónde estaba ántes? ¿Cómo ha podido el hombre conquistarlo en esta época confusa de la historia en que vegeta lentamente sobre una tierra que gira bajo sus piés, que le arrastra á pesar suyo, le sepulta en las sombras, le conduce nuevamente á la luz, sin prestarle otra señal ni otra nocion de las horas que la salida y puesta del sol?

¿Qué geómetra hoy desconocido fué el primero que graduó el dia, clasificó la existencia, ordenó al hombre desde la mañana hasta la noche, indicándole cuándo habia de velar y cuándo dormir, esto es, trabajar y reposar? ¿Pero qué nos importa el nombre del inventor si poseemos la invencion?

El inventor, sabed su nombre, es el progreso.

Primero el gnomon escribió la hora en la plaza pública con la sombra del sol, hora de un dia, hora mudable, pasajera, colectiva, comun á todo el pueblo, precaria, incierta, borrada por la lluvia ó por la más ligera nube. Pero cuando la natural evolucion de la historia llevó al hombre á aumentar la vida del hogar, la vida de la familia, las horas se midieron por el reloj de arena y su uso quedó introducido.

Más tarde desterróse el reloj de arena, abriendo paso al reloj propiamente dicho, y desde entónces la mano de hierro marca la hora en la esfera y suena en lo más alto del campanario como si con el aumento de vida adquirido por la humanidad tuviese ella tambien necesidad de adquirir mayor existencia y cantar en el espacio.

El progreso encontró la forma de reglamentar el tiempo; pero á pesar de esto sólo habia cumplido con la mitad de su mision, porque á la postura del sol el hombre quedaba condenado á la inmovilidad.

El sol desaparecia al ponerse y dejaba detras de sí las tinieblas. La fuente corre de llano en llano, y arrastra su murmullo de flor en flor, y el hombre necesitaba llevar al interior de su casa el agua y la luz.

Recoge del suelo el hombre un poco de arcilla, la pulveriza, la humedece, la labra y encuentra el secreto de poseer el agua. Oprime el racimo de la vid, lo hace fermentar y chispea la eléctrica llama del vino que circula en el festin, y de labio en labio propaga el entusiasmo y la simpatía.

Pues bien: miéntras que la juventud en la mesa reanuda los pactos de amistad en medio de la alegría del banquete, una jóven, hermosa como la Grecia, grave como una musa, penetra discretamente y de puntillas en la casa apartada allá bajo los plátanos en el extremo de la ciudad; derrama el aceite de oliva en la lámpara colocada sobre la trípode, anima con el dedo la mecha medio apagada y vuelve á salir silenciosamente sin que su vestido agite el aire y haga vacilar la llama.

Bajo una trípode de bronce hay un anciano que, recogido en sí mismo y absorto en la aureola de luz que arroja la lámpara en medio de la bóveda, reflexiona profundamente, apoyada la mano en su mejilla, y de cuando en cuando escribe sobre una tabla. Lo que escribe lo sabrémos más tarde cuando hagamos la historia de la ciencia. Notad, sin embargo, como recuerdo que la lámpara, al dejar caer sobre la frente del anciano su dulce claridad, ha abierto una nueva ocasion para que pensára.

La noche es la hora del silencio, el trabajo de la tierra ha concluido y el silencio es el genio de la inspiracion. La antigüedad tenía razon; Minerva, al

plantar el olivo, derramó la sabiduría entre la humanidad.

Ahora os preguntaré: desde el dia en que el hombre, descalzo y sin armas, vino á buscar á una tierra erizada de asperezas el misterio de su destino, ¿ha multiplicado los medios de su existencia hasta lo infinito? Los hechos hablan: escuchad.

El dia de su llegada ó de su caida, como gusteis, vivia errante persiguiendo su alimento, y vedle seguro de encontrar su alimento; era un gusano que se estremecia en su desnudez, y vedle vestido; vivia azotado por los vientos, y vedle al abrigo de ellos; estaba entumecido por el soplo del invierno, y vedle calentándose; estaba sumido en las tinieblas desde el anochecer, y vedle aquí alumbrado inerme contra el peligro y vedle armado; estaba perdido en el tiempo como en un cáos buscando la hora en el suelo como el ciego con los piés su camino, y vedle astrónomo que relaciona ya con el compás la marcha del astro y arregla en cadencia con el péndulo la vida.

Pues bien; con la mano sobre la conciencia decid quién ha dado al hombre el arco, el rebaño, el arado, la tienda, la casa, la ciudad, el vestido, el fuego, el hierro, la lanza, el casco, la coraza, la copa, el reloj, para no citar más que estos sublimes anejos de la humanidad, sino esa providencia interior llamada perfectibilidad, descontenta siempre del dia pasado, inquieta del que le sigue, y desde el orígen encargada de colocar sobre una naturaleza no concluida la segunda naturaleza de la civilizacion.

Vos afirmais, bajo la fe de la leyenda, que el Creador hizo al hombre completo desde el primer dia y destinado definitivamente á un órden de existencia definitivo. ¿Por qué, pues, le habia impuesto entónces como incomprensible paradoja una alma eterna, investigadora de un nuevo complemento, y le habia dado la mano, órgano especial, extraño casi al cuerpo y que no tiene razon de ser por consecuencia más que con relacion á la inteligencia?

Si la desnudez es la ley del hombre, ¿por qué se ha vestido? si el lecho de paja es la última palabra de su destino, ¿por qué ha edificado la casa? si su cuerpo, tal como está en la naturaleza, y ésta está á su alrededor, ¿por qué ha arrancado el fuego al cielo, labrado los campos, forjado las armas, acumulando descubrimiento sobre descubrimiento y busca sin cesar nuevos medios de existencia?

Tendrá el hombre en sí dos naturalezas completamente contrarias: una física, acabada é irreprochable, como os lo figurais, y otra intelectual, superior á la primera sin duda, pero inquieta, indomable y abusiva y sin ninguna perfeccion; acepte el que quiera esta anarquía de la naturaleza; en cuanto á nosotros, aceptamos y creemos con religioso respeto las armonías de

la creacion, que tanta parte toman en la direccion de nuestro destino.

VI.

Y en presencia de esta contínua metamórfosis del hombre á través del tiempo y de este aumento incesante de vida en la historia, vos preguntais á la escuela de la perfeccion, con una ligera sonrisa de ironía, si el progreso ha hecho alguna vez del cuerpo humano, revisado, corregido, aumentado y ampliado, una especie de dios mónstruo á la manera de Brahma, con no sé cuántas cabezas, piernas y brazos, para pensar mejor sin duda, mejor marchar y mejor estrechar al mundo en un abrazo.

«En estos libros, en estos vestigios, en estos esqueletos del hombre primitivo, ¿se encuentra algun indicio que señale el menor progreso en la construccion física de la humanidad?

»¿Qué sentidos faltaban á los hombres de los primeros tiempos? ¿Qué sentidos tienen ahora más los hombres del dia?

»¿Existe un nervio, una fibra, una uña, un músculo, una articulacion distinta entre el hombre de hoy y el hombre de hace 4.000 años?

»Probadme que vuestra naturaleza, eternamente progresiva en el trascurso de ese prodigioso número de siglos, haya dado un órgano, un dedo, un diente, un cabello de más á su criatura favorita, una línea á su estatura, un dia de más á la duracion de su vida!.....

»No, nada; ni siquiera un átomo más de materia organizada para su uso.

»Tal es, tal ha sido, tal será el pedazo de arcilla pesado por la misma mano y en el mismo molde.»

Sin duda que el progreso no ha añadido al cuerpo humano ninguna excrecencia como *post scriptum*, ni una uña, ni un músculo, ni un pié, ni un diente, ni un cabello, porque no cree que lo necesite; y piensa así porque ve que la Providencia, que ha creado el tipo humano virtualmente perfecto, es decir, en equilibrio perfecto de medio y de destino, no tiene que volver á hacer el tipo de nuestra cuna sobre otro marco, y no ha hecho más que continuar desenvolviéndolo en el límite de nuestro organismo.

El progreso nunca ha tenido la pretension de deslizar en el cuerpo humano nuevos sentidos, sino de comunicar á los sentidos ya existentes mayores sensaciones. No de sobreponer á la máquina muscular rodajes supletorios, sino de comunicar á los actuales mayor potencia de accion; no de introducir en la inteligencia verdades desconocidas en las facultades in-

telectuales, sino de iluminar estas facultades consagradas á mayores conocimientos.

Plantear de otra manera la cuestion, es ponerla fuera de su lugar. ¡Ah! ¿qué importa, despues de todo, que la música no pueda añadir una nota á la escala si de esta escala inflexible ha sabido sacar, por la diversidad de combinaciones, una inagotable riqueza de armonía?

Pues lo mismo es el progreso; no añade una nota más á la escala inviolable del tipo humano, sino que la modula á lo infinito, con un aire siempre nuevo, sobre el mismo registro.

Pero, sin embargo, acepto la cuestion tal cual la proponeis.

Me preguntais si el progreso ha dado al hombre un dedo ó un órgano más, y os respondo que no uno, sino diez, ciento, mil, diez mil, que no tienen cuenta.

¿El hombre no tiene más que la mano para obrar? No es verdad. ¿Qué es la mano? apénas una onza de carne; con un grano de arena se llena, el menor empuje la destroza al caer. Esperad, sin embargo. El hombre pasa al pié de los cedros del Líbano. El árbol gigante..... le aturde con el peso de su grandeza, que, elevándose hasta lo infinito en la atmósfera, va á buscar á la altura del vuelo del águila los vientos de paso, balanceando su cima á través de una perpétua tempestad. Pero de repente el tronco majestuoso va-

cila en su base con un estridente chirrido, y rueda sobre el flanco de la montaña. ¿Por qué ha caido? El hombre ha levantado esta mano de carne tan frágil como una flor y todo ha concluido. El cedro ha sido derribado como una débil caña.

Es que el hombre, por el hecho del progreso, y sólo del progreso, ¿oís bien? ha sabido añadir á la armadura muscular de su mano un apéndice nuevo, un miembro, un músculo más duro que el granito, más agudo que el diente del tigre, y que de un golpe y un revés de ese músculo hace caer al suelo el bosque más espeso y poblado.

Este músculo es el hacha, órgano especial destinado á un órden especial de trabajo. Pero queda, despues de echarle al suelo, dividirlo en porciones.

Para esta nueva operacion el hombre hará venir, por el solo efecto de su voluntad, otro instrumento de hoja estrecha, larga, llena de puntas como la espada del espadon. Este instrumento es la sierra, de diente de acero, y con el va y viene de este diente, á lo largo, á lo ancho, de alto á bajo, el árbol cae hecho mil pedazos en forma de planchas ó de vigas.

Para pulimentar estas planchas ántes de que puedan servir, el hombre comprende que necesita para agujerearlas el formon, para clavarlas el martillo, para esculpirlas el cincel, para barnizarlas el pincel, para arrancarlas las tenazas. ¿No son todas estas cosas en

realidad piezas de conexion del mecanismo humano, fibras facultativas que puede dar ó quitar segun le convenga?

Si la naturaleza hubiese dado al hombre el hacha como ha dado las aletas al tiburon, el hacha hubiera constituido desde entónces parte integrante del cuerpo, y sujeta, sin duda, al puño, hubiera servido seguramente para una accion determinada, pero le hubiera embarazado extraordinariamente una vez llevada á cabo aquella accion. El progreso ha obrado con más acierto de lo que hubiera podido hacer la naturaleza.

Cuando inventa su órgano, lo presta solamente para un acto, para un momento. El hombre entra luégo en su libertad de movimiento y accion.

Aunque el progreso tuviese á su disposcion el proceder sin límites del Creador y pudiese dar al hombre el vestido, como la naturaleza se lo ha dado al cordero, ó una concha, como la naturaleza se lo ha dado á la tortuga, se hubiera guardado bien de usar de semejante privilegio; pues en lugar de allegar un beneficio á la humanidad le infligiria en realidad un suplicio, condenando al hombre para siempre á llevar su techo sobre su espalda, sin poder pasar ni repasar alternativamente de la vida de la naturaleza á la vida de intimidad, y de la vida del hogar á la vida de accion, obligándole á conservar siempre sobre su cuerpo el mismo forro, estando privado de conservar, siquiera

fuese por una hora, su derecho de desnudez, es decir, de sensibilidad exquisita esparcida sobre toda lo superficie de la epidérmis.

Pero parece una broma llamar músculo á un simple pedazo de hierro, á un simple instrumento.

Y sin embargo no lo es. Vos conjurais á la doctrina de la perfectibilidad para que os diga qué nueva fibra ha dado de más al cuerpo humano.

Yo os enseño la sierra y el taladro. ¿Qué importa que la sierra y el taladro le llamais pedazo de hierro ó utensilio?

Desde el momento en que una y otro representan el papel del músculo nuevo, una y otro pueden muy bien pasar en realidad por un músculo nuevo, puesto que hacen su oficio aumentando la accion del hombre sobre la materia.

Vos podeis, ciertamente, condoleros con Juan Jacobo Rousseau de la debilidad del brazo del hombre comparado á la garra del leon y á la trompa del elefante.

Pero un dia Arquímedes, tranquilamente sentado en su debilidad, traza con ese brazo impotente y con la punta de una varita un signo cabalístico sobre la arena, y bajo la invocacion de su genio hace correr en el brazo del hombre la fuerza de lo infinito y surgir de tierra una palanca capaz de levantar el mundo si tuviese un punto de apoyo.

De modo que cuando pedís un brazo de más para el hombre, yo creo no sea bajo el punto de vista del arte por el arte á fin de que tenga un miembro más, sino el de un poder más á su servicio.

Reconozco tambien de buen grado con vos que el hombre posee un aparato para andar más pobre y más lento que algunos otros animales de la creacion. Por una combinacion particular de estructura, el peso del cuerpo, repartido sobre cuatro pilares y puesto en el hombre sólo en dos, aumenta así con el doble la carga de las caderas.

Para llenar su cometido el progreso debia dar al hombre un suplemento de ligereza, y por consiguiente otro procedimiento de locomocion, y ha cumplido sus promesas, pues en su orígen el hombre no tenía más que dos piernas y ahora tiene cuatro. El coge con una mano la crin del caballo, pasa de un salto al estado de centauro, galopa aún y levanta en señal de triunfo sobre su camino un torbellino de polvo.

Pero hé aquí el mar, mugiente y aterrador, que balancea sus olas de un continente á otro como para repeler al hombre hácia la tierra y decirle: «Tú no irás muy léjos.» ¿El progreso, va, pues, á doblegar la cabeza y aceptar el anatema? No.

Recapacita, calcula la grandiosidad de la empresa, y un dia el hombre, vencedor del abismo, atraviesa los mares con la ligereza del delfin y esparce á derecha y á izquierda como él un rastro de espuma.

¿Qué nuevo poder podria dar al cuerpo humano el poder de la vela del buque?

El pájaro, sin embargo, hiende el aire con mayor rapidez. Teneis razon.

El progreso comprende esta inferioridad del organismo, acapára el tiempo para conquistar al hombre mayor fuerza de impulsion. Contempla durante un siglo en una especie de éxtasis científico el vapor exhalado de la caldera, le encierra en una triple hoja de hierro, y arrastrado por una gota de agua prisionera que bate con un soplo la pared de su prision, huye, vuela, la colina aparece y desaparece alternativamente, el horizonte da vuelta á su alrededor y llega á una hora fija, con el mismo paso con que Júpiter otras veces atravesaba el Olimpo.

A pesar de esta viveza el hombre veria escapársele su presa, pues tiene el espacio entero á su disposicion y puede dar vueltas segun su instinto.

Pero el progreso ha previsto el caso desde hace largo tiempo, y el hombre ha inventado la pólvora, es decir, el rayo; es verdad que esta invencion le será á sí propio perjudicial, pero él llama gloria á este acto de locura. Pero, paciencia; si álguien puede abolir la guerra de conquista, es seguramente el progreso.

Sea, decimos con frecuencia; nosotros os concede-

mos que nuestro cuerpo haya podido conquistar á la larga, aquí ó allá, una fuerza, un instrumento que llamais músculo, que llamais órgano, como una metáfora, y que nosotros llamarémos órgano y músculo para abreviar la discusion. Pero aparte de esta adquisicion de un mecanismo más ó ménos ingenioso comprometido á nuestro servicio, ¿qué otra sensacion ha traido el progreso á nuestros sentidos? ¿qué puerta ha abierto á la inteligencia sobre el universo? ¿Vemos con más claridad que nuestros abuelos y nuestra pupila contiene más rayos luminosos?

¿Dudais de ello? Galileo vuelve hácia el cielo el cristal de su telescopio y hace saltar la bóveda del firmamento, fijando una mirada en lo infinito que va á sorprender á la estrella estremecida de su desnudez hasta detrás del velo de plata de la vía láctea.

¿Qué es, pues, el telescopio sino un sentido nuevo que extiende la vision del ojo, ántes circunscrita en en estrecho horizonte, hasta el fondo de la inmensidad, esta urna de flancos eternamente en fuga, como decia la teogonía india?

La ciencia quiere, por el contrario, explorar el mundo infinitamente pequeño, toma el microscopio y sigue paso á paso sobre una gotita de agua las evoluciones y rivalidades encarnizadas de aquellos mónstruos informes que se lanzan en la vida un minuto y se disputan entre ellos, con un heroismo militar digno

de la *Iliada*, la posesion de una molécula. Si no es ese un nuevo órgano de la vida, que el hombre ha ganado al número siempre dichoso de la lotería del progreso, dadnos entónces una nueva definicion del órgano, una definicion de la mirada. Yo no veia, veo ahora; por consiguiente he adquirido una facultad, he hecho un progreso.

Yo voy más léjos, y digo que los sentidos que conducen el mundo exterior á la inteligencia, que tocan por consiguiente á la inteligencia, único poder progresivo en la humanidad, participan en cierto grado de la naturaleza de la inteligencia é incidentalmente del poder del progreso. Por ejemplo, el ojo del salvaje, cerrado al sentimiento estético de la línea y del color, adquiere con el desenvolvimiento del arte la nocion de la simetría y de la armonía.

Que Pitágoras haya creido antiguamente, prestando el oido al viento de la montaña, escuchar por encima de su cabeza el concierto aéreo de los astros gravitando en cadencia á través del inconmensurable océano del éter, nosotros podemos, vos y yo, clasificar de leyenda esta maravillosa finura de percepcion. Pero lo que no pertenece á la ficcion, lo que no sale de la leyenda, es el oido moderno del músico, que en la multitud y la huida rápida de todas las notas de la orquesta exhaladas del arco ó del cobre, coge al paso hasta la más ligera, hasta la más fugitiva intencion

de melodía. ¿Por qué série de iniciaciones ó perfeccionamientos ha tenido que pasar ántes de conquistar todo un órden de sensaciones misteriosas, divinas, que la naturaleza no le da ni podria darlo?

Y la voz, ¿qué es? ¿Un sonido? El hombre moduló el són y salió la palabra, y luégo la poesía, y llega un dia en que Orfeo tiene suspensa á la humanidad de la vibracion de su lira. El viento oye las palabras y se las lleva. Entónces el progreso fijó con un signo la sílaba errante sobre la hoja de papiro, y la hoja, cargada con el pensamiento del genio humano y arrastrada por el soplo del viento, cae indefinidamente de generacion en generacion.

Pero ¿qué es la escritura? Una palabra aún lenta, dispendiosa, limitada á un pequeño número de elegidos.

Guttenberg halla en su genio el secreto de mover las letras de cualquier modo, y á partir de este dia la prensa da á la voz humana tal ondulacion que apénas dice una palabra cuando esta palabra resuena instantáneamente por todas partes á la vez sobre el universo.

Vos me preguntais cuáles son los órganos que el progreso ha añadido al cuerpo humano, qué milagros ha realizado en el órden de la materia. Hélos aquí:

Brotan y suenan en el espacio; no tenemos necesidad de sentidos nuevos para verlos y oirlos. Pero

cuando voy por la plaza pública escoltado de todos estos prodigios, mis espectadores y mis defensores para abogar por la causa de la perfectibilidad humana, ¿me dices qué es eso?

Ese hombre sueña seguramente.

Si esto es soñar bajo la casta mirada y la frente apoyada en la dulce mano de la verdad, ¡ah! por piedad, os ruego que no me desperteis, pues la perspectiva que ofreceis al hombre en cambio del progreso no vale la pena de vivir; vale más morir.

Y puesto que encuentro una ocasion, permitidme notar de paso que haceis prodigios de la palabra pensador, soñador. Verdad es que esta palabra ha tenido una época de gran celebridad, y que ha sido el único argumento contra vos, durante quince años, de vuestros adversarios.

Cuando oís profetizar el porvenir á estos hombres de Estado desde lo alto de sus tribunas, ellos sonrien de piedad y os llaman soñador, y hoy vos os bajais para recoger del suelo la injuria que otros os han arrojado para enviárnosla á nosotros, vuestros segundos en la lucha, habituados desde largo tiempo á arrostrar esta respuesta.

Si vuestra palabra hiriese tan sólo al modesto escritor sepultado en la humildad de su trabajo, el epígrama, convengo en ello, podria á lo sumo ser de poca importancia. Pero cuando veo sobre qué cabezas de ele-

gidos ha tenido que pasar la acusacion ántes de llegar al pequeño de los pequeños, os aseguro que experimento cierta inquietud, pues veo alineado en mi pensamiento el concilio augusto que ha predicado la doctrina de la perfectibilidad, desde Pascal hasta Turgot, y desde Turgot hasta Lessing, y no puedo ménos de decirme á mí mismo:

Si sueño, sueño al ménos en buena compañía.

Pero no. El buscar la verdad desinteresadamente tiene en sí algo de sagrado; pero cuando un pensador devorado de aquella sed divina, por pequeña que sea, va á caer en un error, vos debeis el primero, precisamente porque sois el más grande, levantarle con bondad y tratarle con respeto.

Dejemos á los sabios del momento, á los sacerdotes de la cifra, á esos pretendidos espíritus positivos, siempre cogidos por el acontecimiento en flagrante delito de mistificacion, la pueril dicha de encogerse de hombros á la aparicion de una idea, y decir á la muchedumbre enseñándosela con el dedo:

«¡Todavía una utopia más!»

TERCERA PARTE.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I.

Nosotros vamos lentamente; la afirmacion tiene el vuelo ligero, el espacio libre, miéntras que la refutacion tiene el soplo corto y arrastra en su seguimiento to una carga de hechos y de razonamientos. Pero no importa, continuemos; con un poco de paciencia llegarémos pronto al desenlace.

Acabais de interpelar al progreso con respecto al cuerpo humano, y le habeis conjurado os diga bajo qué forma y con qué fin á esa masa de cinco piés y algunas pulgadas ha añadido un órgano más, un miembro más, un átomo más, en fin, de materia.

Creo haber respondido ya á esa primera objecion que tiene su valor, pues á lo que parece ha encontrado un admirador en uno de los profesores de la Universidad.